

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XV, núm. 1, pp. 117-119

HIRSCH ADLER, Ana, *Formación de Profesores-Investigadores Universitarios en México*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1985.

Recientemente salió para consumo de investigadores, docentes, funcionarios y de la comunidad universitaria en general —en ese orden— un libro sobre la formación de profesores-investigadores en México. Este libro surge solo y aislado y aquí reside su principal mérito: ¿cómo es posible que, en un campo donde el gobierno y las instituciones de educación superior han gastado tanto en todo tipo de recursos, esta problemática haya sido tan soslayada en el panorama crítico (intelectual/editorial) de este país? Por esta razón —entre otras— el libro en sí mismo posee un mérito original, a pesar de mostrar algunas carencias. Este libro surge del propósito de la autora de describir, reseñar y apropiarse de un conjunto de experiencias y hechos relevantes para la educación nacional, sintetizados a partir de su trabajo personal sobre múltiples fuentes, y de su decidida colaboración en la “Comisión temática de formación de trabajadores de la educación”, que trabajó para el Congreso Nacional de Investigación Educativa durante 1980 y 1981.

Por otro lado, la formación del magisterio (los maestros normalistas) ha tenido tradicionalmente mayor atención intelectual. Sin duda se ha debido a su relevancia histórica, mientras que el asunto del personal académico en las instituciones de educación superior ha sido largamente soslayado en la reflexión académica.

Las ideas de la época en los sesenta y principios de los setenta acerca de la formación de profesores, surge casi de una determinación de tipo catastrófica: se supo (no erróneamente) que debido a un crecimiento elevado de la matrícula (a partir de los años setenta) no se dispondría de los profesores suficientes (y adecuados) para cumplir con la responsabilidad docente. En efecto, a partir del conocimiento de esa realidad se puso en marcha uno de los conjuntos de acciones más ambiciosos que haya conocido la historia educativa. En este sentido, el libro es interesante porque no cae en la trampa de abordar el problema en forma cuantitativa sino cualitativa. En efecto A. Hirsch asume la posición contraria al preguntarse: ¿qué es formar a un profesor-investigador? A partir de ahí tratará arduamente, a través de múltiples marcos teóricos, de responder sociológica, histórica y pedagógicamente a

ese interrogante. Si lo logra o no, será para dirimirlo en debates al respecto (como en algunos que ya se han realizado).

Para A. Hirsch resulta atractivo iniciar su presentación “marcoteorizante” con una supuesta —y algo implícita— economía política de la formación del profesorado. No obstante que el análisis en esta orientación es más bien fallido, le preocupa mucho situar la formación como la capacitación para el trabajo, condición formativa que ella rechaza. El asunto del sindicalismo en la educación superior no aparece a lo largo de su interpretación: ¿por qué? Parece ser que por falta de espacio o de enfoque. Su análisis es valioso cuando aborda los problemas entre didáctica, disciplina académica y currículo. Ella se pregunta, ¿cómo enseñar a un biólogo a enseñar la biología, si los instructores (llámese centro o individuo) desconocen la ciencia misma? En este sentido la autora saca a relucir —para encontrar una historia de desatinos— lo que realmente fue más de una década (1971-1982) de formación de profesores: multiplicación de cursos, de becas, de posgrados, de plazas, de permisos y de credenciales académicas, y de profesionalización docente, todo al servicio de la matriculación creciente de los demandantes educativos. Parece que se obtuvieron —en forma no intencional— dos cosas: la consolidación del sindicalismo universitario y el pesimismo (o cinismo) sobre la utilidad de la didáctica de las disciplinas académicas.

¿Hasta dónde el libro de Hirsch es un respiro crítico que permitirá tomar nuevas orientaciones a ese quehacer o hasta dónde es exclusivamente una compilación de las experiencias a lo largo de la década?

Pensamos que es las dos cosas, con predominancia de la segunda. Posiblemente la autora lance su libro como desafío a todos los que no han querido reflexionar sobre la verdadera lógica de la formación de profesores. No obstante, ella encuentra algunos culpables, como la tecnología educativa; a pesar de que algunos lo hayan explicado con base en una política educativa concreta como lo fue la política de la atención (expansiva) de la demanda (de corte demográfico-social), que se expresaba en recorridos cíclicos y causales: a más estudiantes, más profesores; a más egresados profesionales, más plazas en las universidades. El círculo se ha cerrado irreductiblemente en muchas profesiones y hará crisis probablemente con el recorte gubernamental del aparato burocrático y del presupuesto de egresos de la Federación. Al menos todavía no hay pistas sobre quién empleará al sobrante de profesionales: la burocracia gubernamental o las instituciones de educación superior.

La autora, con el objeto de presentar sus numerosas argumentaciones y avanzar en el camino de algo que se podría nombrar como una “sociología crítica de las ‘didácticas’ y de las disciplinas profesionales”, estructura el trabajo en la forma siguiente: se concede un capítulo a la economía de la educación, que ella prefiere llamarla pensamiento social en educación; posteriormente se presentan, en los siguientes cuatro capítulos, las tendencias, las políticas, las problemáticas y las etapas y causas de la formación de profesores. El libro, contiene además, en la sección de las “conclusiones y reflexiones”, un apreciable resumen de la obra. Se presenta finalmente una bibliografía casi exhaustiva e inédita sobre este asunto y también se incluye una relación de algunos de los principales protagonistas de la problemática que nos ocupa.

Por último cabe enfatizar lo alentador que resulta leer sobre un tema tan descuidado como lo es el profesor universitario, quien ha sido (y será) el principal protagonista del quehacer docente. Desconocerlo sería perder el control de la educación misma, ahora que en la Universidad Nacional se discuten asuntos de la carrera académica y se implantan programas ambiciosos de regularización en el nivel medio superior. En efecto, al mismo tiempo que se hacen llamados al profesor para cumplir con su deber, han surgido arengas —en sentido contrario— hacia la propia universidad como las siguientes: “*Maestro universitario*: ¡Asiste y prepara tus clases, sé para el estudiante universitario el ejemplo a seguir!”; y “*Universidad*: ¡Preocúpate por tus maestros, págales sus horas de preparación de clase y dales suficiente material docente, sé para los empresarios el ejemplo a seguir!”.

Alfredo L. Fernández

UNAM